

la altivez ni la constancia. Compensó su debilidad tímida con la afabilidad que es la elegancia de los débiles. Presentó el caso raro de un hombre que no tiene convicciones, ni fe, ni pasión y que no se mostró ni sombrío, ni desalentado, ni huraño. Nos toma alegremente de la mano y nos conduce hacia la virtud como á un baile, saltando y cantando: «¿Quién ha disfrazado la virtud con esa máscara pálida y repugnante? No hay nada más alegre ni regocijado, ni casi más juguetón¹. La virtud no se halla colocada en la cima de un monte escarpado, peñascoso é inaccesible. El que conoce sus señas puede llegar hasta ella por caminos llenos de sombra, de césped y de olorosas flores.»

¿Puede haber tan grande buen humor en el alma de los escépticos? Adviértase que este escepticismo es superficial. Heredó de Séneca la ingeniosa verbosidad y conservó de Plutarco la cándida y comunicativa facultad de admirar. No puede decirse que era insensible el hombre que escribió un día con elocuencia real y entusiasta:

Hay pérdidas triunfales que parecen victorias, y las cuatro victorias hermanas de Salamina, de Platea, de Micala y de Sicilia no se atreverán á oponer toda su gloria á la que circunda la derrota de Leonidas y de los suyos en las Termópilas.

Se ve pues que, de esta suerte, se realza hasta el carácter del hombre y nos permite englobar en la misma estima al amigo de Plutarco y al primer vulgarizador en Francia de los beneficios de la filosofía moralizadora².

Pasemos de la moral á la política.

La ciencia política se halla representada en el siglo xvi por un nombre ilustre: Juan Bodin. Nacido en Angers (1529-1596), profesor de derecho en Tolosa, abogado en París y procurador del rey en Laón, publicó en 1578 *La República* (en el sentido de Gobierno, Estado). Es libro notable no sólo por su estilo claro y preciso, por la riqueza de conocimientos y documentos y por la nitidez de sus puntos de vista, sino principalmente por la elevación é imparcialidad de sus juicios. Su sistema es el de la monarquía absoluta templada por leyes que impidan la tiranía. Discipulo de Aristóteles, en cuanto al método y al espíritu de análisis, es predecesor de Montesquieu.

1. Santa Teresa coincidía en esta opinión con Montaigne, como puede verse en sus hermosas cartas, en que brillan el buen humor y el entusiasmo de un corazón generoso que en todo halla motivos para alabar á la Providencia. (N. del T.)

2. Uno de los escritores que más analogía presentan con Montaigne es el P. Gracián, muy estudiado y admirado por los alemanes, pero poco leído por los españoles. (N. del T.)

Esteban de La Boétie (1530-1563) no pudo dar toda la medida de su talento. Después de sólidos estudios sobre literatura antigua, compró en 1553 una plaza de consejero en el Parlamento de Burdeos. Allí conoció á Montaigne á quien sedujo por la nobleza de su corazón y su grandeza de alma. Su amistad fué lo suficientemente tierna para inspirar al escéptico las incomparables páginas acerca de la amistad, de que queda hecha mención.

Su *Discurso sobre la Servidumbre Voluntaria, ó el Contra Uno* es un vehemente libelo político, escrito, dice Montaigne, «por vía de ensayo en su primera juventud para honra de la libertad contra los tiranos, y como asunto vulgar y tratado en mil pasajes de los libros». Declamación generosa y juvenil que La Boétie corrigió más tarde dándole mayor firmeza de estilo.

El protestante Francisco Hotmán, jurisconsulto eminente, publicó contra el cardenal de Lorena una *Epístola al tigre de Francia*, obra maestra de furor y á veces de elocuencia, y después *Franco-Gallia*, en que demuestra que la Galia franca poseía las instituciones de una república ideal. La obra tuvo tanta resonancia en su género como la que tuvo en el siglo xvii el *Contrato Social*.

Huberto Languet, en sus *Reivindicaciones contra los Tiranos*, aparece como una especie de anarquista á quien se condenaría hoy por hacer la apología de hechos criminales.

Hay que citar, por su estilo, al cardenal d'Ossat (1536-1604), diplomático famoso, cuyas *Cartas* merecieron la aprobación de Fenelón y de Perrault, — y, por sus *Negociaciones*, al presidente Jeannin.

Enrique IV merece una mención especial por su correspondencia llena de buen humor gascón en que alternan las palabras galantes con las órdenes breves é imperiosas.

Véase una muestra encantadora:

Ayer noche llegué de Maráns, á donde fui para atender á su defensa. ¡Oh! ¡cuánto os eché de menos! En mi vida he visto sitio que se acomode más á vuestro humor. Por esta sola consideración estoy pronto á cambiarlo. Es una isla rodeada de pantanos cubiertos de arbolado, donde á cada cien pasos hay canales para transportar la madera por barco. El agua es clara y poco corriente; hay canales de todas dimensiones y barcos de todos tamaños. Entre aquellos desiertos se hallan mil jardines. La isla tiene dos leguas de bojeo; al pie del castillo pasa un río que atraviesa el pueblo, el cual ofrece tan cómodo albergue como Pau. No hay casa que no tenga á su puerta su barquichuelo. Este río se extiende formando dos brazos y admite barcos de cincuenta toneladas. No hay más que dos leguas hasta el mar. Es un canal y no un río. Siguiendo hacia arriba, los grandes barcos llegan hasta Niort, de donde dista doce leguas; hay infinidad de molinos y granjas rodeados de agua, y multitud de aves que cantan; hay toda clase de aves de mar. Os envío algunas plumas. En cuanto á los peces abundan en cantidad monstruosa y llaman la atención por su tamaño y por su precio. Es punto de gran tráfico.

La tierra está cubierta de hermosos trigos y allí se puede vivir muy agradablemente en paz y con mucha seguridad en tiempo de guerra. Allí puede uno regocijarse con lo que ama y compadecer al ausente. ¡Oh! ¡qué agradable es poder cantar allí! (Carta á Madama de Grammont, 17 de junio de 1586).

Las cartas á Sully están escritas con un tono de amistad verdadera y conmovedora.

Rosny, todas las noticias que recibo de Mantes me anuncian que estáis molido y enflaquecido. Si tenéis ganas de refrescar y engordar me parece que debéis venir aquí. En otra dice: « Me dicen que no me queréis. Si es así, me apresuro á desmentiros; y la primera vez que os vea os cortaré el cuello ».

En todas ellas reina la más amable variedad de tonos. ¡Qué vivacidad y qué colorido! Bien valía la pena que algún crítico consagrarse un volumen á Enrique IV como escritor.

Montchrestien, más célebre como autor de tragedias, publicó, en 1648, un *Tratado de economía política* donde alternan los sueños más extraños con ingeniosos puntos de vista.

Pedro de la Ramée, llamado Ramus (1515-1572), asesinado en la San Bartolomé, publicó en 1555 la primera obra de filosofía escrita en lengua vulgar: *Dialéctica*, que arruina, en nombre de Platón, la autoridad y la lógica de la escuela de Aristóteles.

De igual modo Cornelio Agrippa (1486-1532), atacó á la ciencia en el *Tratado de la vanidad de las Ciencias*.

Buenaventura des Périers, cuentista antes que todo, hizo gala en su atrevida obra, *Cymbalum mundi* (el *Címbalo del Mundo*), de una incredulidad parecida á la de Luciano, poniendo en ridículo, en cuatro diálogos, el Evangelio, la religión y á Jesucristo.

Pedro Charrón (1541-1603), imitador y amigo de Montaigne, que le legó el derecho de usar sus armas, era hijo de un librero y estudió el derecho en Orleáns y en Bourges; abandonando el foro por la Iglesia, predicó con gran éxito la ortodoxia.

Su libro, *De la Sabiduría* (1601), es una especie de compendio ordenado de los *Ensayos* de Montaigne. Escritor sólido, poco brillante, pero claro, reproduce las opiniones de los demás que toma donde las halla con ciertas ironías que proceden de su modelo.

Miguel de l'Hospital (1505-1573), abogado, consejero del Parlamento y canciller, se esforzó por oponer la tolerancia al fanatismo religioso y por contener á los partidos con la justicia. Sus escritos sobre el *Arte de Gobernar*, sobre la *Consagración de Francisco II* y sobre el *Matrimonio del Delfín*, así como su tratado acerca del *Objeto de la Guerra y de la Paz* (1560), contienen pensamientos admirables en todas las épo-

cas, pero más maravillosos en el tiempo en que aparecieron. « Los espíritus y conciencias de los hombres, dice, no pueden ser sometidos por el hierro ni por el fuego, sino únicamente por la razón que domina á los hombres. »

Guillermo du Vair (1556-1621), ordenado sacerdote, se hizo abogado, llegó á ser consejero en el Parlamento de París, combatió, como diputado en los estados de la Liga, las intrigas de los españoles; fué llamado por Luis XIII para ocupar el cargo de guardasellos en 1616, y nombrado obispo de Lisieux en 1617. Murió en Tonneins.

Débensele, además de las *Obras Morales* y de los *Discursos*, dos tratados de filosofía: la *Santa Filosofía* y la *Filosofía moral de los estoicos*, que le colocan entre los mejores prosadores de su tiempo. Tiene periodos amplios, llenos de grave armonía, y sabe aliar la filosofía y la religión. Charrón, en sus felices compilaciones, tomó de él lo que pudo, como lo confiesa en el *Tratado de la Sabiduría*, elogiando á su modelo:

No he visto á nadie que pinte las pasiones con más candidez y riqueza que el señor du Vair en sus tratados morales de que me he servido mucho.

Entre los numerosos eruditos del siglo xvi y los críticos sabios, la mayor parte escribieron en latín como Budeo, Escalígero, los Estienne, los Casaubón y Muret¹ que emprendieron y llevaron á buen término, acerca de la antigüedad, magníficas ediciones de clásicos griegos y latinos y compusieron los primeros diccionarios.

Juan le Maire de Belges (1473-1524 ó 1548) publicó las *Ilustraciones de las Galias y singularidades de Troya*, donde hace remontarse hasta los troyanos el origen de los francos y amontona errores sobre errores en estilo bastante sabroso. Á falta de crítica, sus historias entretienen. Pasquier le alaba por haber « enriquecido nuestra lengua con infinidad de hermosos rasgos, tanto en prosa como en verso, de que han sabido á veces sacar partido los mejores escritores ».

Claudio Fauchet (1530-1601), historiógrafo bajo Enrique IV, creó la crítica histórica y literaria con sus *Antigüedades galas y francesas* y el *Origen de la lengua y de la poesía francesas*, en que abundan puntos de vista nuevos, suficiente erudición y buen método.

Estienne Pasquier (1529-1615), abogado célebre y diputado en los Estados de Blois en 1588, fué primero discípulo de Cujas en Tolosa y

1. Muret es muy conocido entre los humanistas españoles con el nombre de Marco Antonio Mureto. (N. del T.)

adquirió gran reputación defendiendo la causa de la Universidad contra los jesuitas.

Los nueve libros de sus *Investigaciones acerca de Francia*, al lado de acontecimientos políticos y administrativos, conceden buen espacio á los estudios literarios. Es un inventario abundante y precioso del pasado de Francia. Su estilo está lleno de expresiones de regocijado tono y realzado con arcaísmos. En cuanto á la composición tiene alguna vaguedad, como él mismo reconoce poéticamente :

No hay pradera, sembrada de las diversas é infinitas flores que la naturaleza produce sin orden, que no sea tan agradable á la vista como esos jardines artísticamente dispuestos por los jardineros.

Enrique Estienne (1537-1598), que levantó los primeros monumentos de los libros clásicos, defendió contra el italianismo la lengua francesa en su *Excelencia de la lengua francesa*, en sus *Diálogos del francés italianizado*, y en su *Tratado de la conformidad del francés con el griego*. Tiene facundia, argumentos ingeniosos é imaginación viva y despierta.

También tenemos de él un folleto: *Apología de Herodoto*, que hizo que Calvino le desautorizase y le diese el nombre de Pantagruel de Ginebra.

Meigret es el autor de los primeros tratados gramaticales¹.

En cuanto á la *Defensa é ilustración de la lengua francesa* por Joaquín de Bellay, á pesar de su analogía con el libro de Enrique Estienne, la dejaremos aparte para volver sobre ella cuando se hable de la Pléyade, á la que sirvió como clamoroso manifiesto.

Tres hombres de ciencia, todos tres calvinistas, se han conquistado gran reputación en las letras refiriendo su vida y los resultados de sus trabajos.

El médico Ambrosio Paré (1517-1590), después de varios tratados de medicina bastante indiferentes, dió, con el título de *Apología y Viajes*, un modelo del estilo científico, neto, conciso y sobrio. Él es el que, á propósito de la operación del trépano á que sometió al duque de Guisa, pronunció la famosa frase: « Yo le hice la cura y Dios le sanó. » La publicación de sus obras, en 1575, excitó contra él la ira de la Academia de Medicina, que le acusó de entregar al público los secretos de la ciencia.

Bernardo de Palissy (1510-1590), uno de los espíritus más originales en un siglo en que tanto abundaban, nos ha dejado en el *Arte de la Tierra*, la *Receta verdadera para multiplicar los tesoros*, y los *Discursos admirables*, el relato cándido y conmovedor de sus trabajos y sufri-

1. Meigret publicó sus tratados gramaticales de 1515 á 1550, y ya hemos indicado que la primera gramática castellana la publicó Nebrija en 1492. (N. del T.)

mientos. Alfarero de genio, fué también escritor eminente. Hay que leer aquellas páginas en que refiere cómo llegó, tras quince años de esfuerzos sobrehumanos, arruinado, y teniendo que quemar hasta sus muebles para calentar sus hornos, á descubrir el secreto de sus famosos esmaltes.

Olivier de Serres, señor de Pradel (1539-1619), no tomó parte, aunque protestante, en las perturbaciones que ensangrentaron su provincia. Vivió como caballero campesino, entregándose al cultivo de sus tierras, y consignó en el *Teatro de la Agricultura* el resultado de sus observaciones y de sus investigaciones, obra verdaderamente práctica, que, por su frescura y poesía y por el sentimiento profundo de la vida del campo, tiene algo del sabor de las *Geórgicas*.

* *

En el siglo xvi, se hicieron numerosas traducciones de obras griegas y latinas. La mayor parte no pertenecen de derecho á la historia literaria y sólo se citan como primeras tentativas en su género.

Claudio de Seyssel (1450-1520), arzobispo de Turín, autor de una historia de Luis XII, tradujo á Diodoro, Jenofonte, Justino, y Tucídides.

Lefèvre d'Étaples (1455-1537), uno de lo promotores del movimiento de la Reforma, publicó, en un francés rudo, los Evangelios y la Biblia.

Jehán Sanxón tradujo á Homero, arreglándolo á su manera; de Baif, á *Electra* y *Hécuba* de Eurípides; Pedro Saliat, á Herodoto; Carlos Estienne, la *Andriana* de Terencio (1540); Belleau, á Anacreonte; du Vair, el *Manual* de Epicteto y los *Discursos sobre la corona*; La Boétie, el *Económico* de Jenofonte con el afortunado título de *Mesnagerie*.

Esteban Dolet (1509-1546), cuyo tormentoso destino ha contribuido á aumentar su fama, nació en Orleáns. Sus padres, si no eran ricos, como algunos lo han negado, debieron contar con poderosos protectores, pues no desdeñaron nada para darle una educación superior.

Desde la edad de 12 años vino Dolet á París donde, durante cinco años, estudió la retórica; en 1526, pasó á la universidad de Padua, donde enseñaban con gran brillantez el helenista Musuro y el humanista Villanorano. Nombrado secretario del obispo de Limoges, Juan de Langeac, encargado de una embajada en Venecia, Dolet le acompañó y asistió á los cursos de elocuencia de Juan Bautista Egnazio. Á su regreso, se dirigió á Tolosa en 1531 para estudiar jurisprudencia. Se había creado poderosas relaciones y amigos influyentes, de que muy pronto iba á tener necesidad. Habiendo pronunciado, en defensa de los estudiantes de su país, dos discursos vehementes, irritó los ánimos y se

atrajo el odio de los capitulares del Parlamento. Detenido, encarcelado y vuelto á poner en libertad, gracias á la intervención de Juan des Pins, obispo de Rieux, fué expulsado de Tolosa y se refugió en Lyon donde trabó amistad con el impresor Gryphius.

Dolet rindió siempre culto á las letras y fué uno de los eruditos más útiles al renacimiento literario¹. Publicó de 1536 á 1538, en latín, su *Comentario de la lengua latina*, especie de diccionario etimológico en que las palabras se hallan clasificadas por raíces. Esta obra afirmó su reputación. Contiene en las notas digresiones llenas de interesantes informes acerca de los personajes de la época.

Pero Dolet tenía ya enemigos. Había tomado parte en la disputa que traía enzarzados á los literatos de entonces, acerca de Cicerón; y no se había andado con paños calientes para tratar á los detractores del orador latino. Atacado en la calle por el pintor Compaing, se defendió y mató á su agresor.

Dirigióse á París, á fin de obtener el perdón de Francisco I. Rabelais, Budeo y Marot le acogieron y organizaron un banquete en honor suyo. Vuelto á Lyon, después de indultado, se hizo conceder privilegio de impresor gracias al apoyo del cardenal de Tournón. Establecióse con la divisa de la *Doladera de Oro*, y empezó á editar, según dice él mismo, libros nuevos, viejos y antiguos que se vendieron, añade, hasta el punto de que con frecuencia no quedaba ninguno.

Publicó el *Gargantúa* de Rabelais, las poesías de Marot, y sus propias obras en latín. Pero « no por adquirir alabanza y fama en la lengua latina, dice en sus *Epístolas familiares* de Cicerón, hizo menores esfuerzos para hacerse notable en la suya materna francesa ». Y publicó en francés: *Modo de traducir bien de una lengua á otra*, donde habla de una obra que había compuesto: el *Orador francés*, que consta de los siguientes tratados: gramática, ortografía, acentos, etc.

Continuaba editando « todos los demás buenos libros que conocía, salidos de buena fragua, latinos ó italianos, de autores antiguos ó de autores modernos ».

La Iglesia no participaba de sus ideas acerca de estos « buenos » libros. Teniale ya por sospechoso, cuando, uno tras otro, imprimió el *Manual del caballero cristiano*, el *Verdadero medio de confesarse bien y católicamente*, de Erasmo, la *Fuente de vida*, biblias, etc. Fué detenido con gran placer de sus enemigos y de sus compañeros de oficio; y, aunque se declaró « hijo de obediencia, que quería vivir y morir como

¹ En España, según queda ya indicado, había empezado en tiempo de D. Juan II un gran movimiento de renovación, y abundaban las traducciones de clásicos latinos y hasta griegos, según puede verse en la *Historia de las ideas estéticas* y en la *Antología* de Menéndez Pelayo. Se ve pues cuan injusto fué Chapelain, el famoso autor de la *Pucelle* y cabeza de turco de Boileau, al escribir en 1662 á su amigo Carel de Sainte-Garde, que la nación española carecía de gusto para las bellas letras. (N. del T.)

un verdadero cristiano y como un verdadero católico, sin adhesión á ninguna secta nueva », fué denunciado por el arzobispo de Lyon « como malo, escandaloso, cismático, herético y factor y defensor de las herejías y errores ».

Condenado á ser quemado vivo, interpuso apelación ante el Parlamento de París, fué encerrado en la Concerjería y puesto después en libertad por orden del rey. Á su vuelta á Lyon, fué nuevamente encerrado en un calabozo por los tribunales eclesiásticos, pero logró fugarse y pasó al Piamonte, desde donde escribió al rey para pedir su gracia. Volvió á Francia, contando con la justicia y la benevolencia reales. Preso una vez más, encerrado en la Concerjería, fué juzgado y en 1546 le declaró el Parlamento « culpable de blasfemia, de sedición y de exposición de libros condenados ». Lo que decidió á sus jueces fué una frase traducida de Platón: « Después de la muerte no serás absolutamente nada ».

Fué condenado á ser conducido á la plaza Maubert, « donde debía levantarse, en sitio cómodo y conveniente una horca, alrededor de la cual se haría una gran hoguera, á la que sería arrojado su cuerpo para ser quemado con sus libros y convertido en cenizas, después de ahorcado ».

Dolet murió con gran ánimo. Entre las manos de sus verdugos, escribía con sangre fría acerca del precio de la vida humana:

Quand on m'aura ou brûlé ou pendu,

Mis sur la roue et en quartiers fendu,

Qu'en sera-t-il ?!

Hasta se dice, — ¿ será verdad ó leyenda? — que en presencia de las pruebas de dolor que daba la multitud ante su paso desde la prisión al lugar del suplicio, compuso un verso latino en que hace un juego de palabras con su nombre:

« Non dolet ipse Dolet, sed pia turba. »

« No se lamenta el mismo Dolet, sino la piadosa muchedumbre ».

El nombre de Esteban Dolet ha dado lugar á las más violentas polémicas. Reivindicado alternativamente por hombres de todos los partidos, religiosos y políticos, víctima de su época, que cometió, en uno y otro campo, atrocidades que hoy no podemos comprender, Dolet fué sobre todo un erudito, querido de unos é implacablemente odiado de otros. Alababa con furor y desgarraba sin piedad, sosteniendo, en nombre de las letras, un combate encarnizado, atacando siempre y siempre atacado; era por lo demás trabajador infatigable y mucho más sabio que los hombres de su época; murió, en definitiva, víctima de una frase de Platón.

1. Después de ahorcado, enrodado, Quemado ó descuartizado, ¿ Qué más me podrán hacer ?

Pero el más célebre entre estos traductores, — no seguramente por la fidelidad escrupulosa, pues empleó con frecuencia contrasentidos y paráfrasis, — fué Santiago Amyot, que interpretó á Plutarco en francés.

Nació Amyot en Melún en 1513, de familia pobre; vino á estudiar á París, sirviendo, en el colegio de Navarra, como criado de los estudiantes ricos para atender á sus necesidades. Preceptor y luego lector público en la universidad de Bourges, empezó las traducciones que debían hacerle célebre y le valieron sucesivamente, por parte de la corte, la abadía de Bellezane y una misión para asistir al concilio de Trento; encargóle luego Enrique II de la educación de los futuros reyes Carlos IX y Enrique III. Capellán mayor en 1560, obispo de Auxerre (1570), nombrado comendador de la orden del Espíritu Santo, colmado de honores y de bienes, envejecía feliz, cuando el pueblo de Auxerre, con motivo del asesinato de los Guisas, se sublevó, saqueó sus bienes y le convirtió en « el más afligido, arruinado y pobre cura del mundo ». Murió en 1593, después de haber recobrado su sede episcopal.

El favor con que fueron acogidas en su tiempo las traducciones de las *Vidas de hombres ilustres* no depende de su exactitud. Gracias á una feliz libertad, tiene esta traducción todo el sabor de un libro original. Amyot comunica á Plutarco su animación y su estilo, su buen humor, su afabilidad y su fisonomía sonriente.

Montaigne decía de él :

Doy á Santiago Amyot la palma sobre todos nuestros escritores franceses, no sólo por la candidez y pureza de su lenguaje, en lo cual excede á todos los demás, por la constancia de su largo trabajo, y por la profundidad de su saber, sino principalmente por haber sabido escoger un libro tan digno y tan á propósito para obsequiar con él á su país. Nosotros, ignorantes, estábamos perdidos si este libro no nos hubiera sacado del atolladero; gracias á él nos atrevemos ahora á hablar y á escribir; es nuestro breviario.

Cualquiera que sea la gravedad de los acontecimientos, Amyot conserva siempre la misma candidez de expresiones. El clásico relato de la entrada de los galos en Roma es buena prueba de ello, mostrándonos á los senadores « sentados en sus sillas con gravedad, sin decir palabra, con gran asombro de los galos, que no sabían si acercarse ó no, temiendo que fuesen dioses, hasta que uno de ellos tuvo el atrevimiento de acercarse á Marco Papirio y pasarle muy suavemente la mano por delante de la barba que era larga ».

Pero donde brilla de un modo incomparable y nos seduce el encanto de Amyot es en las anécdotas. En el capítulo de *Demasiado hablar*, es un verdadero cuadro de costumbres la historia de aquel senador romano, obligado á descubrir á su mujer un secreto, recomendándole que no lo dijese á nadie, y apresurándose ésta á contárselo inmediatamente « á sus criadas ».

Además de las *Vidas* y de las *Obras morales* de Plutarco, había traducido Amyot los *Amores de Teógenes y Cariclea*, siete libros de la *Biblioteca histórica de Diodoro de Sicilia*, y *Dafnis y Cloe*, de Longo, cuya traducción se lee aún, revisada por Pablo Luis Courier.

Los prosadores del siglo xvi son todos verdaderos libelistas. Las pasiones violentas, en medio de las luchas políticas y religiosas, comunicaron carácter violento á sus almas, salvo algunas excepciones. Hay pocos escritos de controversia que no parezcan libelos. El *Cymbalum mundi* de des Périers no es otra cosa. Estienne en su *Apología de Herodoto* se muestra libelista, y no lo es menos Marnix de Santa Aldé-gunda. La guerra de los partidos protestante y católico, la San Bartolomé, la democracia apoyada en la Iglesia contra la realeza, la influencia española en Lorena y otra multitud de intereses diversos y sucesivos que se cruzan y se rechazan, excitaban la vena de los satíricos, cuya pluma manaba hiel y sangre. Un Boucher, alternativamente titiritero y sabio, publica un folleto popular dando á conocer las traiciones, perfidias, sacrilegios, exacciones, crueldades y vergüenzas del hipócrita y apóstata Enrique III, Enrique de Valois.

Después de esto viene la apología del asesinato del rey :

¡ Jacobo Clemente! ¡ qué valor! ¡ qué designio tan gloriosamente llevado á cabo, que merece agradecimiento y que ha difundido la alegría, una alegría santa en el corazón de los hombres de bien! ¡ Gloria á Dios! se ha devuelto la paz á la Iglesia y á la patria con la muerte de esa bestia feroz. Clemente le ha hecho expiar su falsa clemencia.

¡ Qué pasiones! ¡ qué odios! Rara vez tuvo la polémica este carácter de ferocidad, que sólo se repitió en 1793, y más tarde en nuestra época. ¡ Y si oyese el lector al abogado Luis de Orleáns rechazar el advenimiento de Enrique IV y ensalzar « la sangría muy saludable de la San Bartolomé! »

Entre las dos facciones extremas se formó el partido medio ó moderado de los Políticos, cuyo programa había trazado el canciller de L'Hopital. Manifestóse por medio de una obra maestra de sátira aguda y potente. Entre las brutalidades de los ligueros y las violencias protestantes, la mejor burla fué la del buen sentido, es decir la *Sátira Menipea*, « la más elocuente de la época » según dice d'Aubigné, que era perito en la materia.

Fué escrita en 1593 por los partidarios más distinguidos de los Políticos, gente de corazón honrado, espíritus madurados en el estudio ó en

la práctica de los negocios y de las turbulencias, literatos de buen sentido y patriotas: Santiago Gillot (1550?-1619), consejero del Parlamento, hombre muy erudito del que tenemos sabias *Cartas*; Pedro Leroy, canónigo de Ruán, á quien de Thou rinde lisonjero homenaje; Juan Passerat (1534-1902), sabio y poeta, comentador de Rabelais; Florencio Chrestién (1540-1596), preceptor de Enrique IV y traductor de autores griegos y latinos; Nicolás Rapín, gran preboste de la condestabilia, hombre de pluma y de espada, y Pedro Pithou (1539-1596), jurisconsulto cuya ciencia hizo que se le llamase « el sabio árbitro »; era protestante, pero se libró de la San Bartolomé huyendo por el tejado, y se convirtió en seguida al catolicismo.

La *Sátira Menipea* se llamó así á imitación de Varrón, y en recuerdo del satírico Menipo. Es una gran parodia de los Estados Generales de la Liga, convocados por el duque de Mayena, el 10 de febrero de 1593 á fin de elegir rey. Comprende un prólogo con escenas y discursos. El prólogo, debido á Pedro Leroy, nos presenta dos charlatanes: uno español, el legado, cardenal de Plaisance; y el otro lorenés, el cardenal de Pellevé. Cada uno trata de vender su droga: el Catolicón, cuyas virtudes maravillosas permiten pasar por santo, leal, honrado y francés, aun cuando sea uno pícaro, traidor, espía y español. La escena representa primero la procesión burlesca en que figuran las fuerzas de la unión. Marcha á la cabeza el doctor Roze en traje de maestro de artes, con la muceta, el roquete, el alzacuello, la espada y la partesana al hombro. Siguen luego los curas predicadores y monagos extrañamente disfrazados. Los capuchinos llevan el morrión en la cabeza, cota de mallas y pluma de gallo en el casco; todo ello está lleno de orín por humildad católica; además llevan el breviario colgado á la cintura por detrás.

Pronúncianse siete arengas durante la sesión; la del duque de Mayena, compuesta por Leroy, justifica su política y su ambición con la salvación de la Iglesia; la del señor legado, por Gillot, en italiano chapurrado; la del señor cardenal de Pellevé, por Chrestién, en latín macarrónico; la del señor rector Roze, por Rapín; la del señor de Rieux, por Leroy; la del señor d'Aubray, en nombre del tercer estado, por Pithou; hay que poner aparte esta última á causa de la vehemente elocuencia con que se denuncian y anatematizan los males de la guerra civil:

El colmo de nuestras miserias es que, entre tantas desgracias y necesidades, no nos es permitido quejarnos ni pedir socorro; y es preciso que, con la muerte en los labios, digamos que estamos muy bien y que consideramos una gran felicidad el ser desdichados por tan buena causa. ¡ Oh París, que no eres ya París sino una taberna de bestias feroces, de españoles, valones y napolitanos, asilo y retiro seguro de ladrones y asesinos! ¿ no querrás nunca acordarte de lo que has sido y curarte de ese frenesí que, en vez de un legí-

timo y amable rey, te ha procurado cincuenta reyezuelos y cincuenta tiranos? Por eso te hallas aherrojado.

Estos discursos tienen todos la malicia más mordaz. Supónese que los oradores arrojan la máscara de la hipocresía, que se descubren torpemente y se manifiestan con toda sinceridad en sus papeles interesados y poco limpios. Las almas se muestran al desnudo, cual si las obligase un sortilegio á echar mano de la más comprometedora sinceridad. Aparece el doble juego, y la gente se reía al presenciar aquellas confesiones y aquellos pérfidos capítulos de culpas.

De vez en cuando hay en el texto algunas piezas en verso de los dos poetas colaboradores, Passerat y Durand. Véase por ejemplo la siguiente nota á propósito de las dobles cruces de la Liga:

— Mais, dites-moi que signifie
Que les ligueurs ont double croix?
— C'est qu'en la Ligue on crucifie
Jésus-Christ encore une fois¹.

La *Sátira Menipea*, por lo que tiene de cómico, de elocuente y de sensato á un tiempo, es la afirmación de la necesidad de un poder fuerte que pueda poner fin á los excesos de los partidos y que asegure la paz entre los franceses de Francia, en una época en que Luis d'Orleáns, en su *Advertencia de un católico inglés á un católico francés*, se atrevía á escribir: « Se nos acusa de ser españoles; sí, antes que tener un príncipe hugonote, iríamos á buscar no ya uno español, sino tártaro, moscovita ó escita, con tal que fuese católico. »

¿ Cómo admirarse después de esto de la violencia de las obras de un Huberto Languet, escritas con cieno y sangre, ó de las invectivas de d'Aubigné en la *Confesión de Sancy* ó de los *Discursos políticos y militares* de La Noue? Pero, al llegar á este punto, la sinceridad de los testimonios y las preocupaciones de orden más elevado nos obligan á pasar del libelo á la historia.

El siglo xvi fué fecundo en relatos históricos. Sus historiadores no pertenecen todos á la literatura, como Juan Molinet, que ha dejado en estilo afectado y culto una crónica de la « muy ilustre y refulgente casa de Borgoña, magníficamente fundada sobre las cimas de las montañas, » ó como Claudio Seyssel (1430-1520), que publicó, en 1508, su *Historia*

1.

— Mas decid, por qué la Liga
Emplea la doble cruz?
— Porque Ella crucifica
Una vez más á Jesús.